

Aida (2018)

Giuseppe Verdi

JUEVES 19, 2020 | 19:00 H

La ópera más popular de la lírica italiana

En una época marcadamente materialista, en la que el positivismo filosófico, los éxitos científicos, los movimientos sociales, el realismo y el naturalismo en las bellas artes y en la literatura resumían el signo de los nuevos tiempos, "Aida" surge como un vestigio del último romanticismo. Este aliento de otra época estaba, sin embargo, perfectamente compensado por la elección del espacio histórico de la acción dramática, el Egipto de los faraones, cuya fascinación cotizaba al alza. La coincidencia de su composición con el descubrimiento arqueológico de la civilización faraónica favoreció la obsesión de que el Egipto de "Aida" debía ser tan fidedigno como fuera posible.

Giuseppe Verdi compuso "Aida" para la Ópera de El Cairo, encargada por el Jefe de Egipto, que estaba convirtiendo la ciudad en una gran urbe occidental. Quería que la nueva ópera fuera un símbolo de la apertura del país y, al mismo tiempo, que su ambientación fuera egipcia. El egiptólogo francés Auguste Mariette fue el encargado de encontrar el tema y diseñar un argumento inspirado en la supuesta costumbre de los antiguos egipcios de enterrar vivos a los traidores a la patria. Giuseppe Verdi, que era el compositor más reverenciado del momento, compuso la partitura muy consciente de que se trataba de un encargo que tenía que ajustarse al gran espectáculo de pompa y esplendor, de gran despliegue orquestal y coral, que imponía la ocasión festiva y la voluntad de evocar el esplendor del antiguo Egipto. El drama esencial de la obra, el amor de Aida y Radamés sacrificado a los intereses del poder, tiene un refinado tratamiento intimista entre alcobas, parajes clandestinos, la oscuridad de la noche o las piedras de la propia tumba. Se trata de un amor que es más poderoso que el odio entre los pueblos, el conflicto entre convicciones religiosas incompatibles, las diferencias sociales e incluso las traiciones. Un amor tan sólido como el muro que impide su consumación. Pero Verdi logra que ese drama íntimo sea compatible con la aparatosisidad de las escenas de masas y con brillantes concesiones a la extravagante "egyptierie" que invadió la moda, el diseño, la arquitectura y el arte europeos de la época. El mejor ejemplo se encuentra en las trompetas que el compositor haría construir para la marcha triunfal del segundo acto, instrumentos largos y rectos de sonido estridente, alejados de

las trompetas habituales de las orquestas del siglo XIX. El resultado es la ópera más popular de la lírica italiana, la más representada y la más esperada por el gran público. Se estrenó el 24 de diciembre de 1871 en la Ópera de El Cairo, siete semanas más tarde ya se estrenaba en La Scala de Milán y sólo tres años más tarde, el 12 de diciembre de 1874, se estrenaba en España en el Teatro Real con un éxito tan enorme que se representó treinta y una veces en la misma temporada. El éxito no ha dejado de acompañarla en todas las épocas.

Por esto es sorprendente la ausencia de "Aida" del repertorio del Teatro Real durante veinte años. Las representaciones que se filmaron en marzo de 2018 fueron un auténtico acontecimiento y, también, un auto-homenaje de la institución a uno de los espectáculos más impresionantes de las primeras temporadas de aquel Teatro Real recién reconvertido en teatro de ópera. Aquella recordada puesta en escena de Hugo de Ana fue readaptada por el propio director de escena, escenógrafo y figurinista con el objetivo de convertirla en una brillante producción de repertorio.

La dirección musical corrió a cargo de Nicola Luisotti, principal director invitado del Teatro Real, y en el reparto destacaron algunas de las mejores voces verdianas del momento. Liudmyla Monastyrskaya es capaz, como Aida, de adaptar su voz torrencial de soprano dramática a las sutilezas de la escritura de Verdi para el tercer acto, en el que brinda una emocionante interpretación de la célebre aria "O patria mia". La excepcional Violeta Urmana encarna a una Amneris pletórica, implacable en su gran escena de desesperación del cuarto acto, cuando se siente impotente para salvar a su amado pese a ser, nada menos, la hija del rey de Egipto. Gregory Kunde vuelve a demostrar hasta qué punto su carrera ha sido un auténtico milagro que ha recorrido todos los repertorios, desde los roles de tenor rossiniano del inicio hasta los grandes papeles de tenor dramático como este Radamés que interpreta con una contundencia, musicalidad y refinamiento insuperables.

Joan Matabosch

Director Artístico del Teatro Real